



LA CANTINERA.

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

El carácter de Rienzi (pues tiene el lector otra vez delante de sí, ya mas entrado en años, al joven que le presentamos en el capítulo primero) el carácter de Rienzi, repito, habia adquirido mas actividad y energía segun se acercaba al poder por grados. Cierta circunstancia hubo de ejercer sin duda sobre su ambicion grande y precoz influjo: á pesar de la pobreza y de la humilde condicion de los autores de sus dias, era su padre hijo natural del emperador Enrique VII. El orgullo derivado de este origen régio fue de cierto el que decidió á aquellos oscuros plebeyos á dotar á Rienzi con las ventajas de una educacion escogida; y este mismo orgullo, que livó con la leche, se mezclaba á todas sus ideas desde sus mas tiernos años, le gritaba de continuo que los señores romanos eran sus iguales, y se murmuraba en silencio, que hasta podia llegar á ser superior. Mas apenas le fue conocida en sus estudios la antigua literatura de Roma, llenó todo su corazon el orgullo de la patria, algo mas noble que el del nacimiento. Desde entonces se estimó mas como plebeyo que como descendiente de un monarca teutónico, salvo los casos en que le dirigian alusiones ofensivas á la humildad de su estado. La muerte de su hermano y las vicisitudes de que habia ya sido juguete, dieron impulso á sus mas austeras cualidades: por último todas las facultades de un entendimiento poco comun se encaminaron á un solo punto que, adquiriendo de un espíritu religioso y místico cierto color de santidad fue á la par un deber y una pasión.

«Sí, dijo Rienzi al volver súbito de su desvarío, no está lejos el dia en que renazca Roma de sus cenizas; vencerá la justicia á la tiranía, y los romanos caminarán seguros hácia su antiguo foro. ¡Evocaremos de su olvidada tumba el alma indómita de Catón! ¡Aun veremos un pueblo en Roma! ¡Y yo.... yo seré instrumento de ese triunfo y el restaurador de mi raza! ¡Mi voz será la primera que haga vibrar en los aires el grito de batalla de la libertad! ¡Mi mano será la primera que enarbole su sagrado estandarte! ¡Sí, desde la altura de mis pensamientos veo elevarse las libertades, la grandeza de la moderna Roma, y sobre la piedra fundamental de esta poderosa fábrica la posteridad leerá mi nombre!»

Al pronunciar estas palabras con noble orgullo toda la persona del orador parecia dominada por el instinto de la ambicion. Recorria la oscura galería con leve y rápido paso, cual si volase por los aires: agitábase su seno y resplandecian sus ojos. Conoció que apenas puede el amor mismo brindar encanto igual al que experimenta el patriota que tiene el convencimiento de su sinceridad, en su primero y virginal entusiasmo.

Se oyó en la puerta ligero ruido y apareció un criado con la rica librea de la casa del Papa.

—Señor Rienzi, dijo, Monseñor el obispo de Orvietto desea hablaros.

—¡Ah! ¡me alegro mucho! Aquí luces. Monseñor, el honor que recibo con vuestra visita es mejor para sentido que para explicado.

—¡Ta, ta! mi buen amigo, dijo el obispo entrando y sentándose con toda familiaridad, nada de ceremonias entre nosotros servidores de la Iglesia. Duéleme confesarlo, pero nunca ha tenido mas necesidad de defensores fieles. Esas sediciones impías, esas licenciosas querellas á la faz de la santa cátedra y en la ciudad de San Pedro, son escándalo de la cristiandad.

—Y lo serán, dijo Rienzi, mientras Tu Santidad no se digne acceder á nuestras humildes súplicas, tornando á la residencia de sus predecesores, y reprimiendo con férreo brazo los excesos de los nobles.

—¡Ay de mí! amigo, dijo el prelado, bien sabes que esas palabras son vanas como el viento. Aunque, cediendo á tus votos, se trasladara el pontifice desde Aviñon á Roma, por la sangre de San Pedro, que su brazo no bastaria para plegar á los nobles, antes bien los nobles subyugarían su voluntad. Bien sabes que, hasta el momento en que su santo predecesor concibió el sabio designio de buscar abrigo en Aviñon, el padre de los cristianos, á semejanza de otros padres de su ancianidad, se veia dominado y tenido en cautiverio por sus propios hijos. ¡Olvidaste como el mismo Bonifacio, aquel hombre de corazon de acero, fué subyugado por los ascendientes de los Orsini, quienes regian sus acciones á su antojo, hasta que como un águila enjaulada, dió con la cabeza en sus hierros y terminó su vida? A fé que hablas de los recuerdos de Roma, y por cierto no son muy lisonjeros para los Papas.

—Convenido, dijo Rienzi sonriendo dulcemente y aproximando su silla á la del obispo: monseñor ha tomado el lado bueno, y me veo obligado á confesar que si la nobleza de los tiempos á que aludimos era licenciosa, impía y pujante, la del dia escede en perversidad y en fuerza.

—No hace muchos dias, añadió Raimundo sonrojándose, que yo mismo, vicario del Papa, representante de la autoridad espiritual suprema, he sufrido un in-

sulto de parte de ese Estéban Colonna que tantos favores debe á la santa Sede. Sus criados hicieron retroceder á los míos en medio de la calle, y yo, yo mismo delegado del Rey de los reyes, me vi constreñido á hacerme á un lado arrimándome á la pared por abrir paso á aquellos insolentes; y no faltaron blasfemias que coronasen la obra. Perdonad, señor obispo, dijo á su tránsito; pero bien sabéis que estas gentes deben pasar antes que las otras.

—¿Llegó su osadía hasta ese punto? preguntó Rienzi ocultando el rostro entre sus manos, porque vagaba á la sazón en torno de sus labios cierta sonrisa que le era peculiar, sonrisa ap nas gozosa, bien que escitase vivamente la alegría de los demás y alterase instantáneamente el carácter de sus facciones.

—Entonces, señor, tiempo es para vos como para nos de....
—¿De qué? interrumpió de repente el prelado. Despréndete de tus entusiastas ensueños, desciende á la tierra, y contempla con serenos y penetrantes ojos lo que nos circada, ¿qué podemos contra hombres tan poderosos?

—Monseñor, respondió con gravedad Rienzi, desgracia es de los hombres de vuestra categoría no conocer nunca el pueblo, ni los signos reales de la época. Caminad por las cumbres de las montañas, y no vereis encima de vuestra frente mas que nubes que velarán á vuestros ojos las llanuras y los valles, al paso que si os alzéis tan solo algun tanto sobre el nivel del llano, podríais distinguir la morada y el movimiento de los hombres. Por eso desde la altura de vuestra esfera no distinguís sino vapores confusos, y yo, desde mi humilde posición, veo al pastor que se dispone á buscar abrigo para sí y para su rebaño contra la tempestad que le amenaza. No desesperemos, señor, de la cosa pública: la paciencia humana tiene sus límites, límites en que ya tocamos. Para levantarse en masa Rema contra sus tiranos, solo aguarda una ocasión, que ni tardará mucho, ni será imprevista.

(Continuará.)

LAS DOS HERMANAS.

En frente de la *Linterna de Demóstenes* hay una terraza; por la noche, desde esta terraza se domina un abismo, percibís á lo lejos como un monton inmenso de papel que se hubiera reducido á cenizas; en estas cenizas negras brillan un momento chispas pequeñas y vuelven á apagarse, débiles fulgores agonizantes que desaparecen para siempre. Esta masa negra es París, estas chispas que brillan un instante, son el alma, son el pensamiento de la eterna ciudad, que hoy se duerme para volver á despertar mañana. Aquí estaba yo de mi contemplación cuando sentí para volver á despertar mañana. Aquí estaba yo de mi contemplación cuando sentí taparme los ojos por unas manos pequeñas, pero tan frías!... Cuando digo frías es menester entender que una de ellas quemaba; producía una sensación increíble y que nadie podrá definir. La mano helada era áspera al tacto como si habiendo estado cubierta de pelo hiciera pocos días que se había afeitado; la mano que quemaba era fina y suave como la de una mujer de cuarenta años. Al mismo tiempo conocí que esta criatura invisible estaba sentada detras de mí, y acercándose á mí oído me dijo bajo pero con una voz satírica:—Adivina.—El diablo! dije yo. Al momento me devolvió el uso de la vista.—Acertaste, mi secretario Teodoro!

Yo sin asustarme le contesté: Y ved aquí, maestro, que estais equivocado, y lo siento á fé mia; yo soy un pobre hombre, á quien jamás habeis dictado nada bueno, á quien nunca habeis referido el menor cuento, mientras que colmais de favores efectivamente á vuestro muy querido amigo Teodoro Hoffman. Caramba, monseñor, eso no es ser imparcial como lo deben ser todos los diables. Vos, cojo ó no cojo, habeis penetrado en todas las casas y aun en todas las almas; ningun techo, ninguna conciencia ha podido ocultaros sus secretos, sabeis la historia toda entera de los humanos; la habeis estudiado por el aspecto mas triste; pero tambien es el mas fecundo; sois sin contradicción el observador mas grande de este mundo y cuando quereis publicar vuestros comentarios llamais á vos de cincuenta en cincuenta años á un solo secretario! Dejais á todos vuestros demás servidores que se constipen á vuestra puerta por tratar de medio adivinar mal ó bien algunos de los maravillosos misterios que prodigais á vuestro favorito.—¿No os acordais que César dictaba á cuatro secretarios á un tiempo, y á cada uno en diferente estilo? Pero vos todo menos eso; y así ¿á qué venís? Dejadme en paz que me cuente yo á mí mismo callandito las historias tan bonitas que sé de memoria, y si vos quereis perder tiempo id á despertar á vuestro secretario Teodoro, que á estas horas estará durmiendo echado de bruces sobre la mesa de alguna taberna.

—Vamos, vamos, dijo el diablo con un aireso arron, no nos enfademos por tan poco. Es verdad que quiero á mi amigo Hoffman; es un espíritu fuerte que compete conmigo en astucia y que nunca ha temido nada. No conozco hombre alguno que tome tan á pecho como él la narración de los cuentos mas espantosos; le gusta el olor del azufre como á otros el de la rosa. En fin, digo que le quiero; pero no por eso te aborrezco á tí, hijo mio. Tú me has prestado algunos buenos oficios, que no he olvidado y eso que aun no me conocias. Tú has sido el primero que has puesto mano en la causa de Luis XV (cuya alma está en mi poder) y de sus queridas, y así es que al momento he dicho de tí; *Hé ahí un buen compañero*; á tí te gustan los afeites, los adornos, el olor del almizcle no te es desagradable; ahora bien mortalmente hablando de los afeites á la cola del diablo, de los adornos á los cuernos y del almizcle al azufre no hay mas que un paso. Lo que no me place en tí y lo que te falta para ser digno de escribir lo que yo te dicte, es la creencia, tú no crees en nada, y por mas que hagas nunca adelantará en esto porque está en la masa de tu sangre. Si no crees tú en el diablo, ¿como quieres que el diablo crea en tí? Aun ahora que me estas mirando, todavia me olfateas y abres unos ojazos, como si yo fuera un socialista, un humanitario, uno de esos genios sublimes de la patria.—Sosiégate, hijo mio, no soy sino el diablo, y ya que es de noche y hace frio, te contare, si quieres, una historia.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Nuestro Corresponsal de Granada nos dice lo siguiente:

EL CAMPANERO DE S. PABLO.

El solo epígrafe de este artículo nos recuerda tantas impresiones dulcísimas y tan vivamente agita nuestro corazón, que aun no hemos comenzado y ya quisiéramos arrojar la pluma llenos de desaliento. La imaginación se enciende, se agolpan los pensamientos, quieren salir á borbotones, como un torrente; no se olvida ni un detalle esmerado, ni una belleza, y el cuadro con vivísimos colores e presenta ante nuestros ojos; pero imposible describir en esta situación; todo parece descolorido y lo es en realidad; una miserable fraseología no puede servir

nunca para pintar los prodigios del artista. Al genio se le admira, se le dedican cantos llenos de inspiración y entusiasmo; pero no se le traduce en un artículo de periódico, esto es poner las manos sacrilegas sobre su corona para ajarla, no comprenderle siquiera.

Nuestro deber, sin embargo, nos obliga á dar cuenta de las funciones en que ha tomado parte el señor Romea; ese mismo deber que á cada paso nos hace entrar en el cenagoso terreno de la política: hoy al menos la tarea es mas grata.

Es el *Campanero de San Pablo*, uno de esos dramas de *brocha gorda* que solo se sostienen por la esmerada ejecución de los actores. El poeta ha trazado con grandes rasgos un cuadro que á primera vista hace buen efecto; pero que no resiste el examen detenido del mas ignorante; por eso es necesario que el actor á fuerza de genio convierta hácia sí todas las miradas y haga que el público le siga con vivo interes por todas las situaciones, que le admire á cada paso y que no pueda detenerse á analizar las inverosimilitudes.—«Yo te proporciono un campo ventajoso donde poder maniobrar; oculta al menos con la estrategia la debilidad del ejercito que pongo á tus ordenes.» Esto podrá decir Bouchardi á los actores que desempeñen el protagónista de sus dramas, calificados justamente de monstruosos; pero que admiran y arrebatan en boca del señor Romea.

¿Qué soltura en todo el prólogo! ¿Qué detalles tan bien estudiados! En la escena con el padre de su amada se sienta Tom receloso en la puerta de su cabaña, sospecha del desconocido.—*Si será un espía?* dice, y á este tiempo el señor Romea midió la distancia que le separaba de su escopeta, echó una mirada al rededor y siguió tranquilo su diálogo. Este rasgo solo revela al artista inimitable, al hombre conocedor, al talento privilegiado. Y de estos encontramos tantos, que no bastarian para enumerarlos las columnas de nuestro periódico. Si Tom el cazador era el hombre franco y resuelto de las montañas, el anciano abatido y ciego, perseguido, ultrajado y amenazado de muerte, fué la admiración de los espectadores: ¿qué aplomo, qué dignidad en el primer acto! Que desesperada resolución en el segundo! En la escena violenta con Williams el público no pudo contentarse mas, al ver aquella transición tan admirablemente ejecutada ¡*travol!* gritaron de todas partes y uno de esos aplausos nutridos y espontáneos, unánimes que pocas veces se oyen en el teatro vino á coronar los esfuerzos del actor. Lo mismo podemos decir de lo restante del drama, los espectadores necesitaban ahogar su entusiasmo para convertirse en ojos y oídos, para no perder una sílaba, un solo movimiento y esta es la razón de que los aplausos no fueran tan frecuentes. La salida de la prision, el reconocimiento del Rey, el de su amada, el de su hijo, todo pareció una cosa nueva, inimitable.

Los demás actores estuvieron mas felices que nunca; parecia que la presencia del señor Romea les animaba y les daba mejor aspecto y accidentes: así como una hermosa bace á veces mas delicioso un jardín y mas agradable todo cuanto le rodea. La señora Baus mereció justísimos aplausos y tambien el señor Fernandez,

En el teatro del Liceo de Barcelona han bailado la Duval y Denize la galop de la pandereta casi con tan poca gracia como la bailaron noches pasadas la Petit y Henry en el teatro principal. El día 13 han debido bailar la pareja Albert la Polka en el teatro nuevo y ha gustado; es una pareja digna de la corte; tan igual como la Mon-Plaisir y su esposo, aunque de mayor mérito artístico.

Gaztambide y Soler han dado dos conciertos en el teatro del Liceo, y tres ó cuatro en el teatro nuevo: han salido ya para Valencia.

En el teatro principal se ha hecho el *Nabucodonosor* de Donnizetti, ópera digna de tan gran maestro.



VARIEDADES.

Se está formando en esta corte una sociedad para fomento de las bellas letras con el título de *Empresa hispano-literaria*. Las bases de su organización están talmente combinadas que aunque sencillas en la apariencia revelan lo meditadas que han sido, y las inmensas consecuencias de utilidad que deben reportar. Está todo ligado con tal delicadeza que ganan los escritores, ganan los lectores, ganan los libreros, y gana por consiguiente la literatura española, tanto por el desarrollo intelectual á que dicha empresa dará lugar, cuanto por el movimiento mercantil que el interes que la misma proporciona á los libreros ocasionará. El capital es de 100.000 rs. dividido en acciones de á 500 reales y estas en cupones de á 50. Invítanos á la lectura del prospecto, que se distribuye en la escribanía de Ibañeta, calle de Atocha, casa de Gremios, piso bajo interior, aun á aquellos mismos que no quieran interesarse como accionistas.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: La tragedia en cuatro actos, titulada: OSCAR, HIJO DE OSIAN. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertico sainete.

DEL CIRCO.

A las ocho y media: 1.º La comedia en dos actos titulada: EL DIPLOMATICO: 2.º baile nacional 3.º UNA RETIRADA A TIEMPO: comedia nueva en un acto: 4.º baile nacional.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.